

UN CÉSAR PARA LOS TERRITORIOS DANESES: ISABEL DE PORTUGAL, DOROTEA DE DINAMARCA Y LA CONQUISTA BÁLTICA

A CAESAR FOR THE DANISH TERRITORIES: ISABELLA OF PORTUGAL,
DOROTHEA OF DENMARK, AND THE BALTIC CONQUEST

Melania Soler Moratón
Universidad de Murcia
<https://orcid.org/0000-0003-0467-921X>

ABSTRACT • The aim of the present work is to examine the medal of the Triumph of Caesar, a possession of Isabella d'Avis. A medal now lost; we know of its existence thanks to the post-mortem inventory of the empress. A work of great quality, its description informs us of its destination: the collection of Dorothea of Oldenburg, Princess of Denmark, and Isabella's niece. A finely crafted work sent to Isabella's niece, this post-mortem gift exemplifies the role of the women of the family in the expansionist policy of the Habsburg dynasty.

KEYWORDS: Empress Isabella of Portugal; Dorothea of Denmark; Triumph of Caesar; Medal; Count's Feud.

RESUMEN • El presente trabajo pretende examinar la medalla del Triunfo del César en posesión de Isabel de Avis. Enseña hoy perdida, conocemos de su existencia gracias al inventario post-mortem de la Emperatriz. Obra de gran calidad, su descripción nos informa de su destino: la colección de la princesa Dorotea de Oldemburgo, princesa de Dinamarca y sobrina de Isabel. Obra de fina hechura, este presente post-mortem ejemplificará el papel de las mujeres de la familia en la política expansionista de la dinastía Habsburgo.

PALABRAS CLAVES: Emperatriz Isabel de Portugal; Dorotea de Dinamarca; Triunfo del César; Medalla; Guerra del Conde.

EFIGIES, SANTOS Y CÉSARES: EL MEDALLERO DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AVIS

Entre 1539 y 1542 Pedro de Santa Cruz, guardarropa de la Emperatriz Isabel de Portugal [fig. 1], inventarió los objetos pertenecientes a su fallecida señora para ser vendidos en almoneda pública. En esta colección se encontrarían un total de trece medallas. Enseñas de oro –a excepción de una insignia de plata que representaba al abuelo de Isabel, el rey Fernando de Aragón– que retratarían tanto a santos predilectos de la dinastía como a otros familiares y allegados de la fallecida Isabel. Es interesante destacar el grupo compuesto por tres medallas-retrato que contenían las efigies del Emperador Carlos V, María de Hungría –gobernadora de los Países Bajos– y una doble enseña que representaba al matrimonio compuesto por Fernando de Austria y Ana Jaguellón, reyes de Hungría y Bohemia y Emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico (Checa, 2010: 1452). Estas tres medallas, junto a otras nueve, fueron incluidas en la almoneda para su venta; hecho que subraya el poco interés familiar por esta parte de la colección de la Emperatriz. Sólo una de las enseñas inventariadas no pasará a formar parte de la venta pública ya que habría abandonado la colección. Se trataría de:

Otra medalla de oro que tiene en el medio el triunfo de Çesar de matiz esmaltado de negro y alrededor por el çerco de la dicha medalla unas letras negras en que comyença la manyfica tiene quatro hojicas esmaltadas de blanco y negro que peso una onça y una ochava y veynte y seis granos (rúbrica) [...] djose a la prinçesa de Djnamarca por mandado de su majestad (rúbrica) (Checa, 2010: 1452).

La falta de información y el gran número de medallistas que sirvieron a la familia durante la vida de la Emperatriz –Mathes Gebel, Hans Krafft el Viejo o Durero, entre otros– no nos permite establecer la autoría de esta medalla. Sin embargo, su presencia en dicho inventario nos mostrará importantes singularidades. En primer lugar, esta enseña será la única que represente un evento histórico en el medallero de la Emperatriz. Por otro lado, será la única medalla que se relacionará con un miembro de la dinastía a través del intercambio de regalos. Todo ello ha propiciado el presente trabajo, cuyo objetivo primordial es demostrar el envío de esta enseña en el contexto de la política expansionista de la casa Habsburgo. Igualmente, esta investigación ahondará en el papel femenino dentro de esta política, demostrando el ejercicio activo de las mujeres de la familia en el desarrollo de los intereses masculinos. Por último, se evidenciará la matrilinealidad como elemento de interrelación dinástica; mostrando el ejercicio de promoción artística de la Emperatriz Isabel en relación con otras mujeres de la estirpe.

PRESENTES PARA LA PRINCESA DE DINAMARCA: DOROTEA DE OLDEMBURGO Y EL SISTEMA MATRILINEAL HABSÚRICO

A la muerte de la Emperatriz la medalla del Triunfo de César viajaría a Heidelberg, en concreto al medallero de Dorotea de Oldemburgo, princesa de Dinamarca y electora del Palatinado [fig. 2]. Sobrina política de la Emperatriz Isabel, Dorotea fue la cuarta hija de Cristian II de Dinamarca e Isabel de Austria. El caso de Dorotea y de sus hermanos, Hans y Cristina, es uno de los mejores ejemplos de la política familiar Habsburgo.



Fig. 1. Tiziano, *La Emperatriz Isabel de Portugal*, 1548. Madrid, Museo Nacional del Prado.



Fig. 2. Jan Gossaert, *Joven princesa (¿Dorotea de Dinamarca?)*, ca. 1530. Londres, The National Gallery.

Huérfanos de madre a muy corta edad, los hermanos quedarían bajo la tutela de su tía abuela, Margarita de Austria. Sería ella quien negociara con el padre de los niños para adquirir su custodia y quien recordara a su sobrino Carlos el deber con ellos cuando escribiera: «debes ser tanto padre como madre para estos pobres niños, y debes tratarlos como los tuyos propios» (Lanz, 1844: 195). Las palabras de la gobernadora de los Países Bajos ejemplifican el estatus de los príncipes daneses en la dinastía, eran considerados familiares cercanos a los que había que criar bajo los ideales habsbúricos (Greevers, 2018: 276).

Los príncipes de Dinamarca serían criados en el palacio de Malinas. Constituirían la segunda generación de niños criados por Margarita, quien antes había ejercido de tutora para los hijos de su hermano, el archiduque Felipe, y su esposa, Juana I de Castilla. Además de proveerles de una casa propia a cada niño, siguiendo las costumbres borgoñonas, la gobernadora supervisará la educación de sus protegidos y les colmará de regalos propios de su magnificencia real (Cartwright, 1913: 61). Cuatro años pasaron junto a Margarita hasta fallecer ésta en 1530. Sería María de Hungría, hermana del Emperador Carlos, quien la sucediera como gobernadora de los Países Bajos y, también, quien se encargaría de cuidar a los príncipes. Tarea que realizaría con gran cuidado si nos atenemos a las palabras que ella misma escribió a Isabel de Brandemburgo, cuando aseguró que criaría a las niñas como si de sus hijas se trataran (Cartwright, 1913: 42). Sería María quien velara por sus sobrinas en los distintos compromisos que para ellas se propusieron. Así, por ejemplo, es conocida la negativa activa de la gobernadora a que Dorotea se desposara con Jacobo V ante la voluble personalidad del rey escocés o la diferencia de edad entre Cristina y Francesco Sforza (Lanz, 1844: 87).

Durante la etapa flamenca de las niñas e incluso durante los años posteriores, otras mujeres de la dinastía Habsburgo se mantuvieron atentas al desarrollo de las princesas; manteniendo una estrecha relación epistolar y agasajando a las pequeñas con ricos presentes. Una de las más implicadas en esta tarea sería la Emperatriz Isabel. Desde 1526 a 1539 distintos objetos viajarían de España a Flandes, primero, y más tarde a Heidelberg, en el caso de Dorotea, y Milán y Lorena, en el de Cristina. Finas telas provenientes de las colonias lusas de ultramar, excelentes obras de orfebrería o magníficas joyas y aderezos, entre otras piezas, serían enviadas por la Emperatriz con el objeto de subrayar la condición real de las princesas (Redondo Cantera, 2019: 183-184).

La enseña del Triunfo del César fue una pieza más en la relación artística mantenida entre tía y sobrina. Sin embargo, a diferencia de otros presentes, la medalla que nos ocupa poseería un relevante sentido político-dinástico. Tal como veremos, la unión de lema e imagen buscó expresar ciertos ideales relacionados con la vida de la Emperatriz. Este hecho plantea la hipótesis de que la obra fuera comisionada por la propia Isabel o su círculo más cercano, con especial mención al Emperador. Las fuentes no nos permiten contrastar este hecho, pero sí que la Emperatriz, a través de sus últimas voluntades, expresó su deseo de que la enseña fuera entregada a su sobrina. Con este intercambio transmitió estas ideas las cuales sólo podemos comprender por medio del estudio iconográfico e iconológico de esta medalla.

EL TRIUNFO DEL CÉSAR Y LA DINASTÍA HABSBURGO: FUENTES ICONOGRÁFICAS PARA EL EMPERADOR

Durante la Edad Moderna el Imperio romano fue recuperado. El ideal imperial, ya fuera real o imaginado, presente en la Europa renacentista dotó a reyes y príncipes de multitud

de fuentes de las que valerse. El arte y la literatura restauraron las figuras de los césares y emperadores que, tal como indica Thomas James Dandeleet, «*were being revived, rehabilitated, and imitated on an unprecedented level*» (Dandeleet, 2014: 11). Esta recuperación cesárea fue sustentada por las traducciones y re-ediciones de las fuentes clásicas de carácter biográfico. Destacada fue la relevancia de la obra de Suetonio, *Vida de los Césares*. Realizado entorno al año 121, el manuscrito alcanzará gran fama gracias a su edición veneciana de 1471. Será esta edición italiana la que presente por primera vez la división tradicional que hoy conocemos: un capítulo dedicado a cada emperador de Julio César a Nerón, un séptimo que trata las breves biografías de Galba, Oton y Vitelio y un último dedicado a Vespasiano, Tito y Domiciano (Suetonio, 1998: 61). Un ejemplar de esta obra será citado en el inventario a la muerte del Emperador: «libro de mano en pergamino escrito en italiano de la vida de los enperadores que comienza en la primera oja Julio Çesar y acaba en lo alto de la postrimera oja comenzando Teodosio» (Checa, 2010: 652).

Las distintas ediciones realizadas sobre la Vida de los Césares tuvieron gran impacto en el entorno literario del Emperador. Siguiendo su ejemplo, Antonio de Guevara imprimiría su *Libro áureo de Marco Aurelio*. Autobiografía del emperador hispano escrita a la manera de epístola; su fin no era otro que el de servir como manual educativo y moralizante para el joven Carlos V.

Junto al manuscrito de Suetonio se imprimirían y re-editarían otros textos de la Antigüedad como los de Plutarco o Tito Livio. La recuperación de estas obras evidenció la relevancia que la historia adquirió como fuente ideal del Renacimiento. En este contexto podemos comprender la publicación de biografías cesáreas y la recuperación de aquellas obras cuya autoría se adscribe a los propios Marco Aurelio o Julio César. De este último se conservan los conocidos como *Comentarios del César*, se trata de ocho volúmenes que narran de manera autobiográfica las conquistas del dictador. Un ejemplar es citado en las colecciones del Emperador (Checa, 2010: 653).

Cabe destacar la influencia de este texto en la producción literaria del entorno de Carlos V y, en concreto, en aquellas obras que ensalzan las habilidades militares del Emperador. Así, por ejemplo, como parte de la propaganda imperial anti-francesa, la obra *Relación de lo que ha pasado sobre el desafío particular entre el emperador y el rey de Francia* (1528) relaciona lo acontecido entre Carlos V y Francisco I con los hechos relatados en los *Comentarios* (Redondo, 2021: 415).

A través de la recuperación de estos textos Carlos V y su círculo prosiguieron con una tradición humanista definida por obras tan relevantes como *De viris illustribus*. Escrito por Francesco Petrarca, el objetivo del manuscrito era, tal como expuso el propio autor, el de crear «un libro de historias desde el rey Rómulo hasta Tito César, obra de inmenso tiempo y trabajo» (Ruiz Arzálluz, 2009: 151). Un total de veintitrés vidas de personajes de la historia de Roma que tenían el objetivo de aportar ejemplos de comportamiento a sus lectores. La vida de Julio César es recogida aquí como modelo de líder político y estrategia militar, cuyas virtudes le hicieron alcanzar la victoria y la fama. Arquetipo de gobernante sabio y heroico, al que los reyes y príncipes del Renacimiento debían imitar. Será este manuscrito de Petrarca el que inicie una visión humanista positiva de la figura del César; su vida heroica y victoriosa establecerá el ideal del humanismo imperial (Dandeleet, 2014: 20-21). Ya que, tal como afirma Suetonio y recoge el propio Petrarca, fue César el único que alcanzó cinco veces los honores del triunfo: «Concluidas las guerras, disfrutó cinco veces de los honores del triunfo, cuatro en el mismo mes [...] Su primero y más esclarecido triunfo fue sobre la Galia» (Suetonio, 1998: XXXVII).

Será el triunfo cesáreo el precedente fundamental para la creación y difusión de *Los Triunfos* de Petrarca, en concreto, en lo referente a la alegoría de la Fama. Concepto propio de la Edad Moderna, ser reconocido por sus contemporáneos y recordado por las generaciones venideras se convertirá en la aspiración del hombre renacentista (Burckhardt, 2004: 149). En el caso de gobernantes y príncipes, el triunfo militar se convertirá en la llave para adquirir dicha fama. Siguiendo la tradición romana, la conmemoración de la victoria se materializó por medio de arcos del triunfo. Por medio de ellos se representaría el *triumphus* o entrada triunfal del gobernante, procesión de carácter propagandístico que mostraba al pueblo su poder (Rodríguez López, 2012: 11).

Sirviéndose de la tradición petrarquiana la alegoría del Triunfo de César adquirirá forma. En 1485 Francesco II Gonzaga, marqués de Mantua, encargó a Andrea Mantegna las decoraciones de su palacio ducal. Para tan insigne espacio el marqués escogió el episodio referente a la celebración del Triunfo de Julio César tras sus victorias en las Galias y Ponto (Suetonio, 1998: XXXVII).

La elección iconográfica respondía a los intereses políticos de Gonzaga, quien se encontraba en esos momentos inmerso en la conquista de nuevos territorios (Jiménez Caballero, 1994: 181). Por medio de este pasaje el marqués deseaba proclamarse como virtuoso gobernante y heredero moral del Emperador por medio de su propia victoria ante los galos. Así, Mantegna proyectó un total de ocho paneles que albergaban el cortejo festivo: trompetas y *signiferi*; carros triunfales, trofeos y máquinas de guerra; carros con trofeos y botín; toros de sacrificio y trompetistas; trompetistas, toros de sacrificio y elefantes; portadores de *corselets*, trofeos y armas; prisioneros, bufones y abanderados y, por último, músicos y estandartes. Un último panel cerraría la comitiva, en él se representa a Julio César en un carro es coronado por una personificación de la Victoria [fig. 3].

El conjunto se convertía así en la primera recreación plástica de los triunfos romanos. Por este motivo, no puede sorprender el impacto que tuvo tanto en sus coetáneos como en las generaciones venideras. Este hecho quedó reflejado en las palabras de Vasari: «*cosa di suo la migliore ch'è' facesse gia mai*» (Vasari, 1991: 494). Numerosas fueron las copias en grabado que se realizaron y difundieron por toda Europa. Entre ellas cabe destacar la obra de Jacopo de Estrasburgo. Realizada en 1503, esta colección de grabados en madera serviría a los artistas españoles en la producción propagandística de Carlos V y la dinastía Habsburgo (Civil, 2000: 108). Así, la serie conocida como *Triunfo de Maximiliano* promovida por el Emperador Maximiliano, se sirvió de esta colección para su realización.

Pero, sin duda, sería Carlos V quien encarnaría a la perfección este Triunfo de César. El mejor ejemplo de ello lo tenemos en su coronación como emperador. Realizada en Boloña en 1530, seguiría los modelos del clasicismo imperial transmitidos por Suetonio, Mantegna y Petrarca por medio de una procesión imperial que igualaba su figura con la de su predecesor imperial (Dandele, 2014: 93). La herencia cesárea del Emperador sería ampliamente promulgada, incluso, tras su muerte. En este sentido se comprende la publicación del *Triunfo de Carlos V*. Conjunto de doce escenas que muestran las victorias militares del Emperador a la manera de los trabajos de Hércules. Fueron promocionadas por su heredero, Felipe II, con una finalidad eminentemente dinástica (Pardo Molero, 2010: 20-21).



Fig. 3. Andrea Mantegna, *Triunfo del César*, 1486-1505. Londres, Hampton Court.

UN LEMA FEMENINO: EL MAGNÍFICAT

La detallada descripción de la enseña isabelina es, sin embargo, parca en lo relativo a la leyenda que la decora. De ella sólo se nos informa que «y comienza la majnifica», sin mayor especificación. En este sentido, cabe pensar que el texto fuera ampliamente conocido tanto por los escribas que reseñaban la pieza como para aquellos que leían la inscripción. Ello llevó, en un primer momento, a plantear que con la *magnífica* se apuntara a un texto relativo a la propia vida de Julio César o al propio Emperador. Sin embargo, bajo esta denominación no se conocen obras hispánicas que alaben las acciones de tan ilustres personajes. Ello conllevó la búsqueda necesaria de fuentes alternativas que pudieran responder a tal inscripción.

Entre los volúmenes que conformaban las bibliotecas de la pareja imperial destaca la existencia de distintas Horas. Ricamente iluminadas, estas se componían de diferentes oraciones que servirían en las devociones de sus dueños. Entre rezos y salmos destaca la oración conocida como *Magnificat* o Magnífica en el territorio hispano. Fruto de los evangelios de San Lucas, la plegaria hace mención al episodio de la Visitación cuando, tras la anunciación y concepción, María visita a su prima Isabel para informarle de su embarazo (1,46-55). El himno reproduce las palabras de María cuando afirma ser la escogida de Dios. Así, la plegaria comienza con «*Magnificat anima mea Dominum*» [Mi alma alaba la grandeza del Señor], coincidiendo, de esta forma, con la inscripción de la medalla que nos ocupa. El objetivo del texto es mostrar a María como la escogida por Dios, así lo confirmará ella misma cuando afirma «Porque Dios ha puesto sus ojos en mí, su humilde esclava y desde ahora siempre me llamarán dichosa».

LA CONQUISTA DANESA, UN SUEÑO INACABADO

El 11 de junio de 1514 se llevó a cabo el matrimonio por poderes entre la infanta de Castilla y archiduquesa de Flandes, Isabel de Austria, y Cristian II de Oldemburgo, rey de Dinamarca y Noruega. El enlace fue una pieza más en el entramado político orquestado por Maximiliano I, quien vio en sus nietos y sus matrimonios las herramientas políticas para asegurar la paz y expandir los territorios de la estirpe. El matrimonio de Isabel tenía el objeto de establecer una alianza con las tierras nórdicas. Cristian era rey de Dinamarca y Noruega y pretendiente al trono Suecia, ello lo hacía el candidato perfecto con el que asentar una rama habsbúrica en los territorios bálticos. Las aspiraciones de Maximiliano se vieron cumplidas cuando Cristian e Isabel fueron proclamados reyes de Suecia en noviembre de 1520, convirtiéndose en los últimos monarcas de la Unión de Kalmar (Van der Haeghen, 1886: 102).

Sería un reinado breve y cargado de contratiempos. Las políticas sociales y económicas ejercidas por el rey dieron lugar a oleadas de rebeliones que comenzaron con la *Befrielsekriget* o Guerra de liberación sueca en 1521 (Altmeyer, 1842: 89). Encabezada por el noble Gustavo Vasa, la revuelta sueca fue apoyada y sustentada por la Liga Hanseática que deseaba recuperar su supremacía en los mares bálticos. El ejemplo de Vasa alentó a la nobleza danesa que, en enero de 1523, decidió desterrar a Cristian y jurar fidelidad a Federico de Gottorp, duque de Schleswig y tío del depuesto rey. La insurrección nobiliaria obligó a Cristian a abdicar; sin embargo, los rebeldes solicitaron a Isabel que ejerciera de regente hasta la mayoría de edad de su primogénito, el príncipe Hans. Ante la negativa de la reina tanto ella como su marido y sus tres hijos abandonarían Copenhague con destino a la corte de Margarita de Austria en Flandes (Lobo Cabrera, 2019: 79). Comenzó entonces un periplo de conversaciones entre la pareja y sus familiares con el único fin de conseguir el apoyo necesario para recuperar Dinamarca. La facción masculina de la familia se desligó de la causa debido a la afinidad que el matrimonio mostró a la causa luterana y los intereses económicos de Flandes con los territorios bálticos (Greevers, 2018: 275). Tres años después del exilio, sobreviviendo gracias a la caridad de la Gobernadora de los Países Bajos, Isabel falleció el 19 de enero de 1526.

Tras la muerte de Isabel sus hijos –Hans, Dorotea y Cristina [fig. 4]– quedaron bajo la tutela de Margarita de Austria y, más tarde, de María de Hungría. Este hecho cambiaría, por completo, la implicación de la dinastía en la reconquista danesa. Mientras que ambas

governadoras dedicaron sus esfuerzos a educar a esta nueva generación, Cristian prosiguió con sus intentos de recuperar sus dominios. Hasta en dos ocasiones el depuesto rey conseguiría un ejército. El primero de ellos gracias a su hermana Isabel de Brandeburgo, su esposo Joaquín de Brandeburgo y el duque Enrique de Brunswick-Wolfenbüttel. La empresa fracasará y Cristian se verá obligado a buscar, de nuevo, la ayuda de su cuñado Carlos. Después de que Cristian renunciara a la fe luterana en la dieta de Augsburgo, el Emperador ordenó a María de Hungría que pusiera a disposición del rey de Dinamarca un ejército de 7000 hombres y 25 naves. Pese a la fastuosidad de dicho ejército Cristian no pudo recuperar su reino: Federico I, aliado con Suecia y la liga de Esmalcalda, le tendió una trampa y lo apresó en Copenhague en agosto de 1532 (Rasmussen, 1992: 1862). Dos días más tarde, su heredero Hans fallecería a los catorce años.



Fig. 4. Jan Gossaert, *Los tres hijos del rey Cristian II de Dinamarca*, 1526. Londres, Royal Collection.

Fallecido Hans y sin sucesores masculinos el título de heredera de Dinamarca, Noruega y Suecia recaería en Dorotea. Con tan sólo doce años, la niña se convirtió en llave de los intereses imperiales en el norte. Coincidiendo con su nombramiento como princesa de Dinamarca, Carlos V comenzó a mostrar su interés por que Dorotea reclamara sus derechos sobre los territorios que formaban la Unión de Kalmar. Su educación y crianza habsbúrica hacía de la nueva heredera la candidata perfecta para asentar y hacer cumplir los intereses imperiales en el báltico (Lobo Cabrera, 2019: 116). Con ello, el Emperador no sólo vería

cumplidos los sueños expansionistas trazados por su abuelo Maximiliano, sino también, aseguraría un poder político directo al tratarse Dorotea de una reina propietaria.

Carlos vio la ocasión perfecta para que Dorotea ocupara el trono en 1534. Sería entonces cuando estallara la guerra civil danesa conocida como Contienda del Conde. La muerte de Federico I en 1533 y la lentitud del Consejo de Dinamarca para escoger un heredero fue aprovechada por los aliados de Cristian II que, pese a su encierro, seguía suscitando el apoyo de gran parte de la burguesía y el campesinado. Encabezadas por Jürgen Wullenwever, alcalde de Lübeck, las ciudades de Copenhague y Malmö se levantaron en armas con el apoyo de los príncipes alemanes (Nybo Rasmussen, 1992: 189).

Es entonces cuando desde Flandes comienzan a barajarse distintos pretendientes para Dorotea. Debemos tener en cuenta que, pese a que la princesa era la heredera directa, el matrimonio adecuado podría reforzar sus derechos sucesorios y, además, aportar un ejército que apoyara la reconquista. Si a ello le sumamos que la elección sería tomada por Carlos, el Emperador se aseguraría el apoyo e influencia en la nueva pareja. En 1532 Federico I propuso un matrimonio entre Dorotea y el príncipe Juan, prometiendo reconocer los derechos de la princesa al trono. Su empeño no fue del gusto de Carlos y María quienes veían con recelos sus avances (Schäfer, 1902: 204-209). Otros candidatos para la mano de Dorotea fueron Jacobo V de Escocia y Carlos de Valois, duque de Angoulême (Gayangos, 1882: 321-327). Finalmente, el escogido sería Federico II del Palatinado, príncipe elector. Por medio de este enlace se establecía una relación más estrecha entre el Imperio y las tierras del norte de Alemania, además, de que el novio aportaba un numeroso ejército capitaneado por el propio príncipe elector cuya valía ya había demostrado en la defensa de Viena en 1532. Para Federico el matrimonio con Dorotea le permitía emparentarse con la familia imperial, una dote de 50.000 coronas y la posibilidad de convertirse en rey (Catwright, 1913: 90). El matrimonio se llevó a cabo el 29 de septiembre de 1535 cuando Dorotea contaba con quince años y Federico con cincuenta y uno.

Una semana después del enlace, Carlos V escribió a su cuñado Cristian. En su misiva le prometía enviar refuerzos a las tropas rebeldes siempre y cuando éste abdicara a favor de su hija y su yerno (Sicking, 2004: 234-235). En 1536 María de Hungría formaría por orden real un ejército que bajo el mando de Federico auxiliara a los rebeldes sitiados en Copenhague. La Gobernadora de los Países Bajos apoyó de manera activa la candidatura de su sobrina al trono danés, no sólo estableciendo conversaciones con el alcalde de Lübeck, sino también tratando de que los esfuerzos bélicos imperiales fueran destinados en exclusiva a esta causa (Fernández Álvarez, 1996: 591). El ejército capitaneado por el Elector Palatino nunca llegó a Copenhague ya que, previendo el ataque imperial, Cristian III de Dinamarca unió sus fuerzas con Carlos de Geldern en su ataque a Holanda. Al auxiliar a las fuerzas holandesas Federico no pudo alcanzar la capital danesa, que se rindió el 29 de julio de 1536 (Nybo Rasmussen, 1992: 90).

Pese a reiterados intentos posteriores, Dorotea y Federico no consiguen que Carlos los apoyara en una nueva contienda por recuperar la Unión de Kalmar. Tal como hicieron sus padres antes que ella, Dorotea se embarcó en una activa campaña en busca de apoyos en sus pretensiones danesas. Durante la misma Dorotea contó con el apoyo de la Emperatriz Isabel y de María de Hungría, motivo por el cual visitó la corte hispánica y flamenca en 1539 y 1540, respectivamente (Cartwright, 1913: 95-96). Sin embargo, la muerte de la Emperatriz en ese citado año 1539 y la posterior alianza franco-danesa, forzó a Carlos a firmar en 1544 un acuerdo de paz con Cristian III. En este se comprometía a desistir en su apoyo a su cuñado y a sus sucesores, tanto de manera económica como militar (Lobo Cabrera, 2019: 101).

En 1542 la revuelta noruega contra Gustavo Vasa animó a Carlos V a intentar, nuevamente, la conquista báltica. Así, bajo su orden, Federico II del Palatinado reclamará el trono de Noruega en nombre de su esposa mientras que el consejero imperial Granvela pida a los suecos que reconozcan a la pareja palatina como sus verdaderos soberanos (Mörner, 1966: 16). La victoria de Vasa contra los rebeldes pondrá fin a las aspiraciones habsbúricas en el norte.

CONCLUSIONES

La presencia de Julio César en el inventario isabelino no será un caso singular. Conocemos que María de Hungría poseería, al menos dos enseñas que retrataban al emperador romano (Checa Cremades, 2010: 2898). Pero, a diferencia de las medallas poseídas por la gobernadora de Flandes, la que nos ocupa representaría una escena con un complejo sentido iconográfico. Símbolo de fama y victoria militar, el uso de esta imagen se relacionó con Carlos V y emparentó su estirpe con la del emperador romano. La medalla adquirirá así un significado dinástico, que alababa y elogiaba los logros de los Habsburgo. Sin embargo, la utilización del extracto de la Magnífica permite plantear un sentido más amplio a la imagen. Por medio de ella, Isabel se representaría como la escogida por el Emperador. Al igual que la Virgen María expresaba su gozo al ser la seleccionada para la obra divina de Dios, la Emperatriz mostraría su beneplácito a poder servir a la causa habsbúrica. No podemos olvidar que Isabel ejercería como regente de los territorios españoles durante las continuadas ausencias del Emperador. Durante las mismas la Emperatriz se convertiría en un *alter ego* de su esposo, ejerciendo actividades de índole política y cultivando las artes como un medio de promoción familiar (Redondo, 2019: 157-158).

Con la transmisión de la medalla cesárea a su sobrina estas ideas viajarían de España a Heidelberg. Este sería el último ejemplo del apoyo de Isabel hacia Dorotea y su causa. Un apoyo que, con anterioridad, se había transmitido por medio de cartas y que se materializaba ahora en la forma de esta enseña. Dorotea era la escogida para perpetuar el poder de la familia en los antiguos reinos de la Unión del Kalmar, contienda que pese a la caída de Copenhague en 1536 seguía muy presente para la Emperatriz. Con el presente post-mortem Isabel afirmaba su apoyo a la causa de una manera visible y pública. Este hecho quedaría constatado cuando, en la data del citado inventario, se especifique que esta enseña iría colocada en un gorro de terciopelo negro (Checa, 2010: 1453). Ello hace plantear que el presente fuera ideado para ser exhibido y, por lo tanto, que su significado adquiriera un sentido público.

Además, que esta fuera la única pieza que abandonara el medallero hace pensar que fuera, de igual modo, un recordatorio para Carlos V y su obligación de apoyar a su sobrina. Sería la propia Dorotea quien imploraría la ayuda del Emperador meses después del fallecimiento de Isabel:

Your humble and loving children, entreat you, as the fountain of all justice, to have compassion on us. Open the prison doors, which you alone are able to do, release my father, and give me advice as to how I may best obtain the kingdom which belongs to me by the laws of God and man (Lanz, 1884: 308).

La petición de Dorotea quedará desatendida y la causa báltica olvidada por el Imperio.

AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos especiales a María José Rodríguez-Salgado, Noelia García Pérez, Miguel Ángel Zalama y Patricia Andrés González.

Esta investigación ha sido realizada gracias a un contrato postdoctoral Margarita Salas de la Universidad de Murcia y el Ministerio de Universidades, financiado por la Unión Europea-NextGenerationEU y en el marco del proyecto «Medallas Retrato y Poder Femenino en la Europa del Renacimiento (I): Las Mujeres de la Monarquía Hispánica (MEFER)» financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (PID2020- 114333GBI00).

BIBLIOGRAFÍA

- Altmeyer, J.J. [1842]. *Isabel d'Autriche et Christiern II*, Bruselas, Wouters.
- Burckhardt, J. [2004]. *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal.
- Cartwright, J. [1913]. *Christina of Denmark Duchess of Milan and Lorraine (1522-1590)*, Nueva York, E.P. Dutton and Company.
- Checa Cremades, F. [2010]. *Los inventarios de Carlos V y la Familia Imperial*, Madrid, Fernando Villaverde.
- Civil, P. [2000]. «La figura del Emperador romano en la España de Carlos V: una representación de poder entre arte y literatura», en J.L. Castellano Castellano y Francisco Sánchez-Montes González (coord.), *Carlos V. Europeísmo y Universalidad. La figura de Carlos V*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.
- Dandeleit, T.J. [2014]. *The Renaissance of Empire in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press <<http://dx.doi.org/10.1017/CBO9781139045704>>.
- Fernández Álvarez, M. [1996]. *La España del Emperador Carlos V (1500-1558) (1517-1556)*, Madrid, Espasa Calpe.
- Gayangos, P. [1882]. *Calendar of State Papers, Spain, Volume 4, Part 2 (1531-1533)*, Londres, University of London & History of Parliament Trust.
- Geevers, L. [2018]. «The Danish Habsburgs. Hans, Dorothea, and Christina of Denmark as part of the Habsburg dynasty», en E. Bodensten; K. Brilkman; D. Larsson y H. Sanders (eds.), *Nordens Historiker*, Lund, 273-286.
- Jiménez Caballero, I. [1994]. «La iconografía del 'Triunfo de César' de Andrea Mantegna», *EGA: revista de expresión gráfica arquitectónica*, 2, 181-183.
- Lanz, K. [1844]. *Correspondenz des Kaisers Karl V*, Leipzig, F.A. Brockhaus.
- Lobo Cabrera, M. [2019]. *Isabel de Austria. Una reina sin ventura*, Madrid, Cátedra.
- Mörner, M. [1966]. *Episoder ur de Suensk-Spanska förbin del sernas Historial/ Episodio de la historia de las relaciones hispano-suecas*, Madrid, Fundación Berndt Wistdt.
- Nybo Rasmussen, J. [1992]. *Fray Jacobo Daciano*, Michoacán, Colegio de Michoacán.
- Pardo Molero, J.F. [2010]. «Los triunfos de Carlos V. Transferencias culturales y políticas en la exaltación de la monarquía», en A. Dubet y J. J. Ruiz Ibáñez (dirs.), *Las monarquías española y francesa (siglos XVI-XVIII): ¿dos modelos políticos?*, Madrid, Casa Velázquez.

- Redondo, A. [2021]. «El doble desafío de 1528 de Francisco I, el rey de Francia, a Carlos V, el Emperador, y las respuestas de éste. Las dos visiones propagandísticas del acontecimiento gracias a las relaciones de sucesos y a otros tipos de comunicación», en L. Torres; H. Tropé y J. Espero Suros (eds.), *Metamorfosis y memoria del evento: el acontecimiento en las relaciones de sucesos europeas de los siglos XVI al XVIII: actas del IX Coloquio de la Sociedad Internacional de Relaciones de Sucesos*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca <<http://dx.doi.org/10.14201/OAQ0319403419>>.
- Redondo Cantera, M.J. [2019]. *Isabel de Portugal. Una emperatriz entre reinas y otras mujeres de estirpe real*, Madrid, Ediciones Polifemo.
- Rodríguez López, M.I. [2012]. «Victory, Triumph and Fame as the Iconic Expressions of the Courtly Power», *Music in Art. The Courts in Europe: Music Iconography and Pricely Power*, 9-23.
- Ruiz Arzálluz, I. [2009]. «Petrarca y los *de Viris Illustribus*», en V. Valcarcel Martínez (ed.), *Las biografías griega y latina como género literario. De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas*, País Vasco, Universidad del País Vasco.
- Schäfer, D. [1902]. *Geschichte von Dänemark*, Copenhague, F.A. Perthes.
- Sicking, L.H.J. [2004]. *Neptune and the Netherlands: State, Economy, and War at the Sea in the Renaissance*, Leiden, Brill <<http://dx.doi.org/10.1163/9789047405351>>.
- Suetonio Tranquilo, C. [1998]. *Vidas de los Césares*, Madrid, Cátedra.
- Van der Haeghen, V. [1886]. *Exhumation des cendres d'Isabelle d'Autriche*, Gante, 102.
- Vasari, G. [1991]. *Le Vite de piú eccellenti architetti pittori et scultori italiani da Cimabue insino a tempi nostri*, Turin, Einaudi Tascabili.